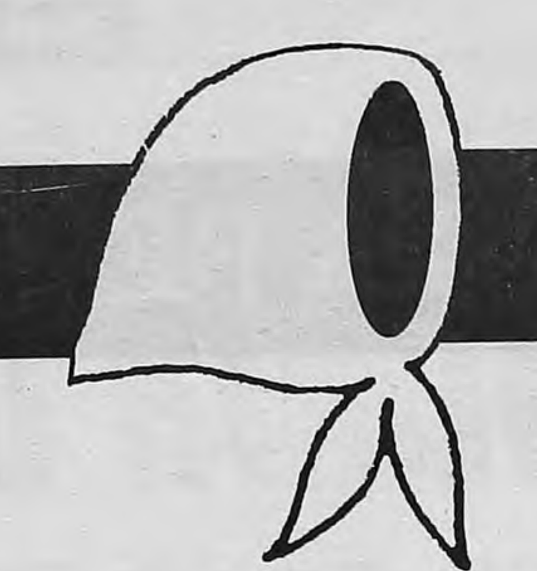


Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo

OSVALDO BAYER

"La moral y la cultura"

Intelectuales, ¡un paso al frente! Este fue el desesperado llamado de tres intelectuales alemanes ante la noticia que Alemania le acababa de vender armas a Turquía que las va a emplear en seguir la represión contra la minoría curda. Entre esos escritores estaba el infaltable Günter Grass. Pero todos los otros intelectuales de nombre siguieron en la torre de marfil, que ya dicen que está tan abarrotada que no cabe ninguno más, mientras que en el escenario político reina un vacío aterrador.

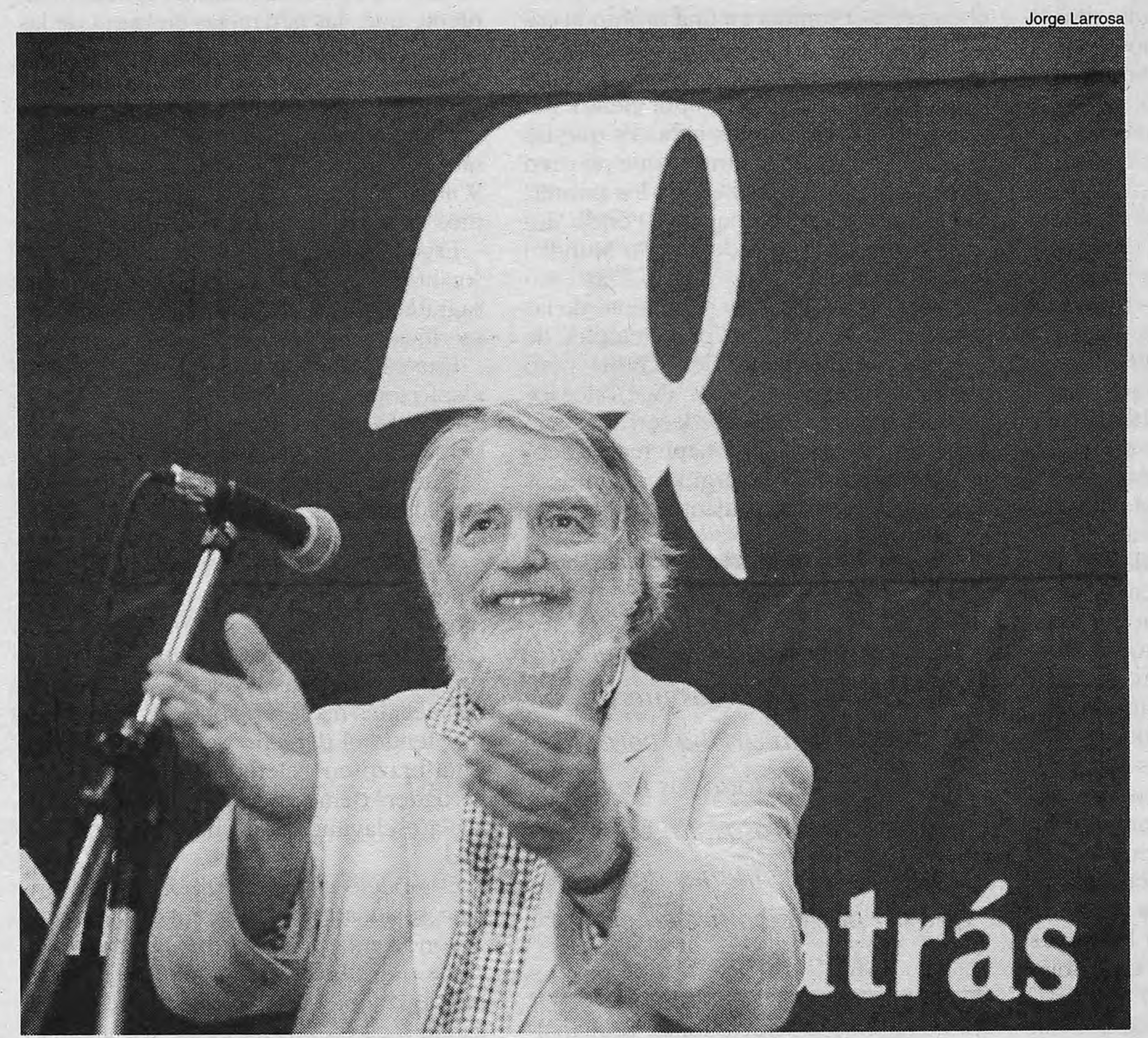
Pero no nos vayamos a veinte mil kilómetros de distancia. Quedémonos en tierra argentina. Ante las cosas que están ocurriendo y el absoluto silencio de casi todos los intelectuales recordé una figura que describía el escritor Dietrich Schwanitz, que una vez nos relató lo siguiente: "A veces, en las praderas africanas, en las noches sin luna, nace poco a poco un silencio audible. Los nativos de esos lugares lo llaman Mambawa, que traducido quiere decir: el silencio que paraliza los corazones. Ese silencio aparece tan amenazante que ninguna persona ni animal se atreven a quebrarlo. Hasta que finalmente un viejo león aparece abriéndose paso entre los pastos altos y se hace presente con un bramido desafiante que rompe en mil fragmentos la unidad del silencio. Por lo general ese silencio sigue dominando después durante un par de segundos, como si la Tierra esperase ser castigada por haber callado. Pero luego comienza nuevamente la confusión de voces, chillidos y gritos: los chacales ladran; las hienas ríen; los papagayos crascitan; los elefantes tocan la trompeta; los leopardos bufan y los monos chillan. De nuevo recomienza la creación".

Nos decía Schwanitz que desde 1989 entre los intelectuales alemanes la escena sufre de Mambawa. Ninguno abre la boca, por las dudas.

Bueno, no necesitamos mirar, como decíamos, a lo que ocurre en países a veinte mil kilómetros de distancia. Entre los intelectuales argentinos, podemos decir que desde hace varias décadas reina Mambawa. El último en pegar el rugido no fue un viejo león sino un joven león que se llamó Rodolfo Walsh, que no logró romper el Mambawa porque por las calles de Buenos Aires reinaba el secuestro, el crimen político, el terror de Estado. Pero sí logró demostrar que no todos se callaban la boca en tierra argentina.

A nuestra sociedad no le gustan los rugidos de intelectuales. No, se conforma con el gañido de algún perro faldero consagrado por su naturaleza acomodaticia, de buenos sentimientos, con la melancolía insuperable que sufre desde hace décadas y que nos enseña que debemos ser buenos y democráticos, a pesar del hambre y la desocupación. Cuando hay generales se va a saludar a generales en la Rosada; cuando hay civiles, se va a visitar a los civiles. Todos aplauden, señores bien con expresiones satisfechas y señoras sonrientes y emocionadas. Para qué romper el Mambawa si vivimos bien, no nos falta nada, tenemos democracia, se dice.

Jorge Larrosa

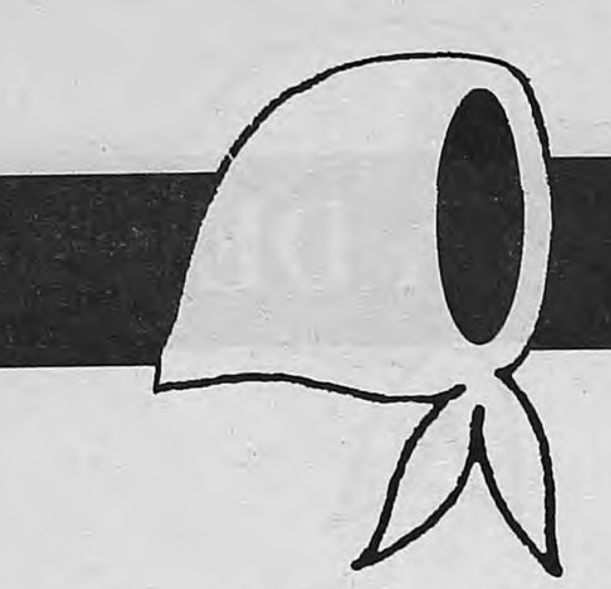


Pero nuestro Mambawa es un silencio más que cruel. Está ocultando una sociedad que vive en plena inmoralidad, en una cínica decadencia. La inmoralidad es la característica principal de nuestra cultura, sí de nuestra cultura, porque ha pasado a ser propia de nuestra cultura. Hay niños con hambre. Ya basta para delinear la más corrupta de las sociedades. Pero al hambre de los niños le sigue el hambre humilde, las manos sin herramientas frente a las manos llenas, con todo desparpajo, desbordantes, de los hombres que dicen representarnos.

El sociólogo Karl Mannheim ha afirmado que los intelectuales pueden observar mejor la sociedad que el resto de la población. Dijo que, como "inteligencia que se mueve libremente no poseen ningún lugar social propio y por eso son los únicos que pueden representar intereses de la totalidad de la sociedad". Detrás de esta afirmación está la experiencia del affaire Dreyfus, cuando por primera vez se aplicó la palabra "intelectuales" a un grupo de literatos y pensadores que protegieron a Francia de la tentación del fascismo. Pero cuando una generación más tarde, muchos intelectuales desertaron de esa tradición y se arrojaron en los brazos del irracionalismo, el escritor Julien Benda, con un famoso libro titulado *La traición de los intelectuales* trajo en circulación esa fórmula definitoria. Y en eso nos sigue diciendo Schwanitz: "Mientras tanto nuestra propia historia nos ha enseñado: los intelectuales no son libres ni desinteresados. Han demostrado ser extremadamente propensos para las tentaciones, para cambiar su Ethos para poder participar del poder y para sacrificar la pobreza de sus teorías a la riqueza de la sociedad".

En nuestro país, después de la euforia de la terminación de la dictadura que significó el regreso de muchos exiliados, la posibilidad de que muchos exiliados internos, que habían tenido que silenciar sus obras pudieran salir otra vez a la superficie de la sociedad, la creación de nuevas editoriales con ánimo de búsquedas, las revistas literarias que buscaban surgir nuevamente, la fundamental actividad estudiantil, después de ese despertar, comenzó el Mambawa. El golpe para el silencio fue sin duda alguna Semana Santa. De pronto un golpista uniformado triunfaba y la civilidad se iba a su casa mientras el poder trasmitía que la casa estaba en orden. La palabra lanzada por los expertos en psicología de las masas era reconciliación. Obediencia debida y punto final fueron fácilmente obtenibles en una sociedad en que había comenzado el Mambawa. Pero el peor de todos esos mambawas fue el desinterés, el desánimo. Ahí se da vuelta el forro de la galera del malabarista. Comenzaron a cubrir las vidrieras best-sellers que nos ayudarían a entrar en el limbo: seudobiografías de personajes históricos, por ejemplo, sus amores y escapadas más que sus ideas. Eso en literatura; en los otros márgenes comenzó una producción destinada a ayudarnos a vivir mejor, a mantener el peso ideal y a pensar en el más allá mientras el más acá era burocratizado por intelectuales metidos a funcionarios públicos que nos hablaban de cultura y libertad para mantenernos mejor en el Mambawa. La década del show riojano nos ayudó a sumergirnos en el mundo del vacío y la superficialidad. Carlitos y Zulemita pasaron a ser nuestras máximas guías del escalofrío humorístico diario y todos pasamos a ser personajes de libre mercado. Nos globalizamos y nuestros intelectuales se globalizaron. Seguimos en la siesta del Mambawa mientras en otras latitudes se construía el mundo para nosotros y nuestros hijos. El Mambawa local iniciado en Semana Santa sería ayudado después con la caída del Muro en el orden internacional. El marxismo soviético, el maoísmo convertido en chinoísmo pasaron a ser objetos de la historia mientras el guevarismo trataba de buscar en selvas calientes al león que despertara a Latinoamérica del Mambawa convertido en siesta eterna.

Ojalá que en el Mambawa argentino –sólo molestado por voces fuleras del cuerpo legislativo nacional que no interrumpe para nada la pesada siesta de la Rosada– cuando despierte demuestre que hubo jóvenes y viejos que no durmieron la siesta sino que conspiraron para una nueva ética, para un despertar donde se escuche más el vuelo del águila que el chillido de los monos. Nuestra cultura ha dejado de ser la de antes y ahora estamos en el período de la cultura globalizada que nos penetra, o mejor dicho a la que ▶



"La moral y

OSVALDO

nos obliga el sistema mundial. Y por eso nuestra moral debe ser trabajada en la oposición a cualquier intento de establecer como un dictado teológico lo que van imponiendo con sus costumbres y obligaciones las grandes multinacionales. Y éstas no son palabras aprendidas en algún cuadernillo izquierdista. En Alemania, por ejemplo, hasta los más grandes órganos de prensa se animan a llamar la atención de cómo en los países del Primer Mundo se van imponiendo las corrientes surgidas de la economía y de la cultura contemporánea de Estados Unidos. El semanario *Die Zeit*, órgano liberal por excelencia, en su último número de setiembre publicaba con una preocupación digna de mejor suerte un cuadro titulado "Quién ha aprovechado el crecimiento en el mundo". En 1960, en los veinte países más ricos del mundo, sus habitantes tenían un producto bruto interno de menos de 100 dólares por cabeza, mientras que el de los veinte países más pobres proseguía a la misma altura de 35 años antes. Esta es la verdadera cara de la globalización. Pero ahora viene la otra verdad. Sí, aumentó en Estados Unidos el producto bruto interno por cabeza, pero mientras la quinta parte más adinerada de la población aumentó sus entradas en el 36,6, la quinta parte de la población de menos entrada lo aumentó sólo en 1,4 por ciento. Es decir, la diferencia de clases aumenta a pasos agigantados. Esta estadística se refiere al período que va de 1980 hasta 1997. Pero hablemos del Tercer Mundo. Ese mismo diario, en su edición del 21 de setiembre último, trae un estudio realizado acerca del puerto de Buenaventura, en Colombia. Buenaventura es una ciudad que está en las costas del Pacífico. Muy cerca de allí se extiende una selva donde hay más vegetales y animales que en el propio Amazonas. Buenaventura es el puerto más importante del Amazonas, allí se cargan maderas y oro, pero también peces y otras sustancias alimenticias. El puerto le trae a la gente de la ciudad trabajo y dinero. Por lo menos eso era antes, cuando muchos colombianos vivían en el campo como campesinos. Allí tenían sus pequeños campos en los cuales plantaban bananas para cocinar, maíz y arroz. Gran parte de la cosecha la vendían en la ciudad.

En los años siguientes, el gobierno colombiano adoptó la teoría de la fuerza del mercado libre, bajo presión del Fondo Monetario Internacional. Por eso, el puerto de Buenaventura fue privatizado, se levantó toda aduana y también las barreras comerciales. Fue así como las mercancías de los consorcios extranjeros pudieron entrar en el país tan baratas contra los cuales los campesinos locales no podían competir. Hoy, el porcentaje de desocupados en Buenaventura es del 60 por ciento. Esto significa que el 60 por ciento no tiene nada que hacer. No, tienen que vivir de algo. Si alguien recorre las calles de Buenaventura, encontrará en cada esquina a hombres, mujeres y niños que venden cualquier baratija o, una nueva profesión callejera: lustran zapatos. Otros se dedican a las montañas de basura buscando algo que puedan utilizar o vender. Muchos de ellos eran antes campesinos que hoy viven en chozas que son más pequeñas que los baños de la gente acomodada. La política del libre mercado ha hecho caer a Colombia en una profunda crisis. Pero no es así y aquí está la clave: la economía colombiana ha crecido desde 1990 un promedio del 3,3 por ciento. Pero lo que no dicen esas cifras es que las empresas realizan ganancias que no caen precisamente en beneficio de los pobres. Y las estadísticas provienen del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial o de Naciones Unidas. Y justo esas estadísticas nos hablan del crecimiento de las economías de México, por ejemplo, de Ghana, de Indonesia, de Ucrania pero también de Estados Unidos. Casi todos los países del mundo que obedecen a las doctrinas del mercado libre han crecido económicamente. Han surgido magníficos edificios y fábricas pujantes, pero sólo aprovecharon el crecimiento principalmente aquellos que antes ya eran los dueños del dinero.

"La liberación de las fuerzas de mercado hizo subir el nivel de agua y muchos barcos fueron impulsados hacia arriba, pero fueron por sobre todo los barcos grandes, poderosos. En cambio, los otros, los pequeños debieron quedar para siempre en el mar de los Sargazos."

Hace una década, mil millones de seres humanos tenían que conformarse con gastar menos de un dólar por día. Hoy, ese número sigue siendo mil millones. Esto es en sí un progreso porque entretanto viven más seres humanos en el mundo. Pero el progreso es casi vergonzosamente pequeño comparado con la riqueza que, en el mismo tiempo, se ha originado en el mundo. En 1960, el ingreso del 20 por ciento más rico de la población mundial era 30 veces más que el 20 por ciento más pobre. En 1990, ese ingreso era ya 60 veces más, es decir, se había duplicado, y hoy llega ya al 75 por ciento más. Desde que los gobiernos abrieron las esclusas económicas, la desigualdad entre ricos y pobres ha crecido a una cifra hasta ese momento absolutamente desconocida, lo que no significa que en los países industriales viven sólo ganadores. En Australia, Canadá, Gran Bretaña y Estados Unidos vive hoy cada segundo padre solo o madre sola con hijos por debajo del límite de pobreza. Son países del Primer Mundo. La liberación de las fuerzas de mercado hizo subir el nivel de agua y muchos barcos fueron impulsados hacia arriba, pero fueron por sobre todo los barcos grandes, poderosos. En cambio, los otros, los pequeños debieron quedar para siempre en el mar de los Sargazos y el resto se hundió. El burgomaestre de Londres acaba de declarar: "Desde 1981 mueren anualmente entre 15 y 20 millones de seres humanos porque los gobiernos del Tercer Mundo, para pagar sus deudas, debieron reducir sus programas de agua potable y la medicina social". Y suyas son las siguientes palabras: el sistema financiero internacional mata anualmente a más seres humanos que la Segunda Guerra Mundial". En el informe sobre desarrollo que acaba de publicar este 15 de setiembre el Banco Mundial dice textualmente que "las ganancias en la era de las inversiones continentales y de la apertura de mercado son extraordinariamente desiguales". De la globalización se aprovechan principalmente aquellos que menos necesitan. El escritor norteamericano William Greider califica este fenómeno como "El nuevo problema social".

Escuchemos esta frase: "El derecho del ser humano debe ser cuidado en forma sagrada aunque le cueste los más grandes sacrificios al poder dominante".

Esta es una conclusión definitiva del filósofo Immanuel Kant. Todo aquel poder que no lo respete incita y justifica a la rebeldía de los que no son respetados.

Esa debe ser la base de la moral de nuestra cultura. Si el régimen que me domina no se preocupa en darme trabajo mientras parte de la sociedad vive en la opulencia, tengo el derecho de exigirlo por medio de la rebeldía del reclamo en todas sus graduaciones. Primero de acuerdo con las normas legales y, si esas normas legales no son respetadas por el poder, tengo el derecho de levantar mi voz y mi brazo en defensa de la justicia y la verdadera democracia. Lo otro sería aceptar la esclavitud, el deshonor, la indignidad.

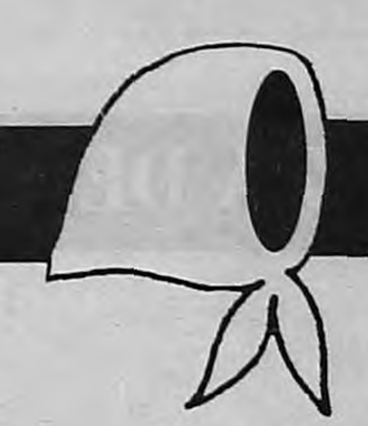
El modelo actual de globalización origina sociedades cada vez más violentas. Y conocemos bien las mentalidades fascistas que quieren solucionar el problema de la violencia en la sociedad con el gatillo fácil o el proceso sin apelaciones. El filósofo italiano Furio Colombo hace poco, en el diario italiano *La Repubblica* citaba a la revista semanal del diario *New York Times* donde se describía la solución encontrada para el problema creado por el gran número de delincuentes menores de edad. Decía el periódico norteamericano: "Se encontró finalmente una solución para la superpoblación de las cárceles: los presos serán cada vez de menor edad". En un aviso de la Unión de la Libertad Civil Americana se denunciaba este hecho tristísimo y que dice del retroceso moral y de las medidas ya calificables como fascistas, del poder en los Estados. Dice la denuncia:"Se trata de imponer una costumbre que es una realidad en muchos estados americanos: el encierro de los niños detenidos en las mismas celdas que ocupan los criminales adultos. A veces los crímenes cometidos por los menores de edad son terribles. Enfrentarlos a la convivencia con los criminales adultos intenta ser un gesto de férrea voluntad orientado a asegurar el bienestar de los ciudadanos". Después viene la descripción del trato que propinan los grandes criminales a los adolescentes casi niños que son condenados a convivir en esas celdas.



"El modelo actual de globalización origina sociedades cada vez más violentas. Y conocemos bien las mentalidades fascistas que quieren solucionar el problema de la violencia en la sociedad con el gatillo fácil o el proceso sin apelaciones."

Es un cuadro horrible pensar que esto se aplique en Estados Unidos. Nos hace acordar a la Edad Media donde al detenido se lo sometía a toda clase de humillaciones, torturas y malos tratos. Es decir que el adolescente ya sabe: piense antes de cometer el delito porque será encerrado en celdas donde será violado por criminales y sometido a toda clase de humillaciones.

Es la misma línea de pensamiento fascista que el método Rico, Patti y de los comisarios de Ruckauf. El gatillo fácil.



"La moral y la cultura"

OSVALDO BAYER

▶ nos obliga el sistema mundial. Y por eso nuestra moral debe ser trabajada en la oposición a cualquier intento de establecer como un dictado teológico lo que van imponiendo con sus costumbres y obligaciones las grandes multinacionales. Y éstas no son palabras aprendidas en algún cuadernillo izquierdista. En Alemania, por ejemplo, hasta los más grandes órganos de prensa se animan a llamar la atención de cómo en los países del Primer Mundo se van imponiendo las corrientes surgidas de la economía y de la cultura contemporánea de Estados Unidos. El semanario *Die Zeit*, órgano liberal por excelencia, en su último número de setiembre publicaba con una preocupación digna de mejor suerte un cuadro titulado "Quién ha aprovechado el crecimiento en el mundo". En 1960, en los veinte países más ricos del mundo, sus habitantes tenían un producto bruto interno de menos de 100 dólares por cabeza, mientras que el de los veinte países más pobres proseguía a la misma altura de 35 años antes. Esta es la verdadera cara de la globalización. Pero ahora viene la otra verdad. Sí, aumentó en Estados Unidos el producto bruto interno por cabeza, pero mientras la quinta parte más adinerada de la población aumentó sus entradas en el 36,6, la quinta parte de la población de menos entrada lo aumentó sólo en 1,4 por ciento. Es decir, la diferencia de clases aumenta a pasos agigantados. Esta estadística se refiere al período que va de 1980 hasta 1997. Pero hablemos del Tercer Mundo. Ese mismo diario, en su edición del 21 de setiembre último, trae un estudio realizado acerca del puerto de Buenaventura, en Colombia. Buenaventura es una ciudad que está en las costas del Pacífico. Muy cerca de allí se extiende una selva donde hay más vegetales y animales que en el propio Amazonas. Buenaventura es el puerto más importante del Amazonas, allí se cargan maderas y oro, pero también peces y otras sustancias alimenticias. El puerto le trae a la gente de la ciudad trabajo y dinero. Por lo menos eso era antes, cuando muchos colombianos vivían en el campo como campesinos. Allí tenían sus pequeños campos en los cuales plantaban bananas para cocinar, maíz y arroz. Gran parte de la cosecha la vendían en la ciudad.

En los años siguientes, el gobierno colombiano adoptó la teoría de la fuerza del mercado libre, bajo presión del Fondo Monetario Internacional. Por eso, el puerto de Buenaventura fue privatizado, se levantó toda aduana y también las barreras comerciales. Fue así como las mercancías de los consorcios extranjeros pudieron entrar en el país tan baratas contra los cuales los campesinos locales no podían competir. Hoy, el porcentaje de desocupados en Buenaventura es del 60 por ciento. Esto significa que el 60 por ciento no tiene nada que hacer. No, tienen que vivir de algo. Si alguien recorre las calles de Buenaventura, encontrará en cada esquina a hombres, mujeres y niños que venden cualquier baratija o, una nueva profesión callejera: lustran zapatos. Otros se dedican a las montañas de basura buscando algo que puedan utilizar o vender. Muchos de ellos eran antes campesinos que hoy viven en chozas que son más pequeñas que los baños de la gente acomodada. La política del libre mercado ha hecho caer a Colombia en una profunda crisis. Pero no es así y aquí está la clave: la economía colombiana ha crecido desde 1990 un promedio del 3,3 por ciento. Pero lo que no dicen esas cifras es que las empresas realizan ganancias que no caen precisamente en beneficio de los pobres. Y las estadísticas provienen del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial o de Naciones Unidas. Y justo esas estadísticas nos hablan del crecimiento de las economías de México, por ejemplo, de Ghana, de Indonesia, de Ucrania pero también de Estados Unidos. Casi todos los países del mundo que obedecen a las doctrinas del mercado libre han crecido económicamente. Han surgido magníficos edificios y fábricas pujantes, pero sólo

> *"La liberación de las fuerzas de mercado hizo subir el nivel de agua y muchos barcos fueron impulsados hacia arriba, pero fueron por sobre todo los barcos grandes, poderosos. En cambio, los otros, los pequeños debieron quedar para siempre en el mar de los Sargazos."*

aprovecharon el crecimiento principalmente aquellos que antes ya eran los dueños del dinero.

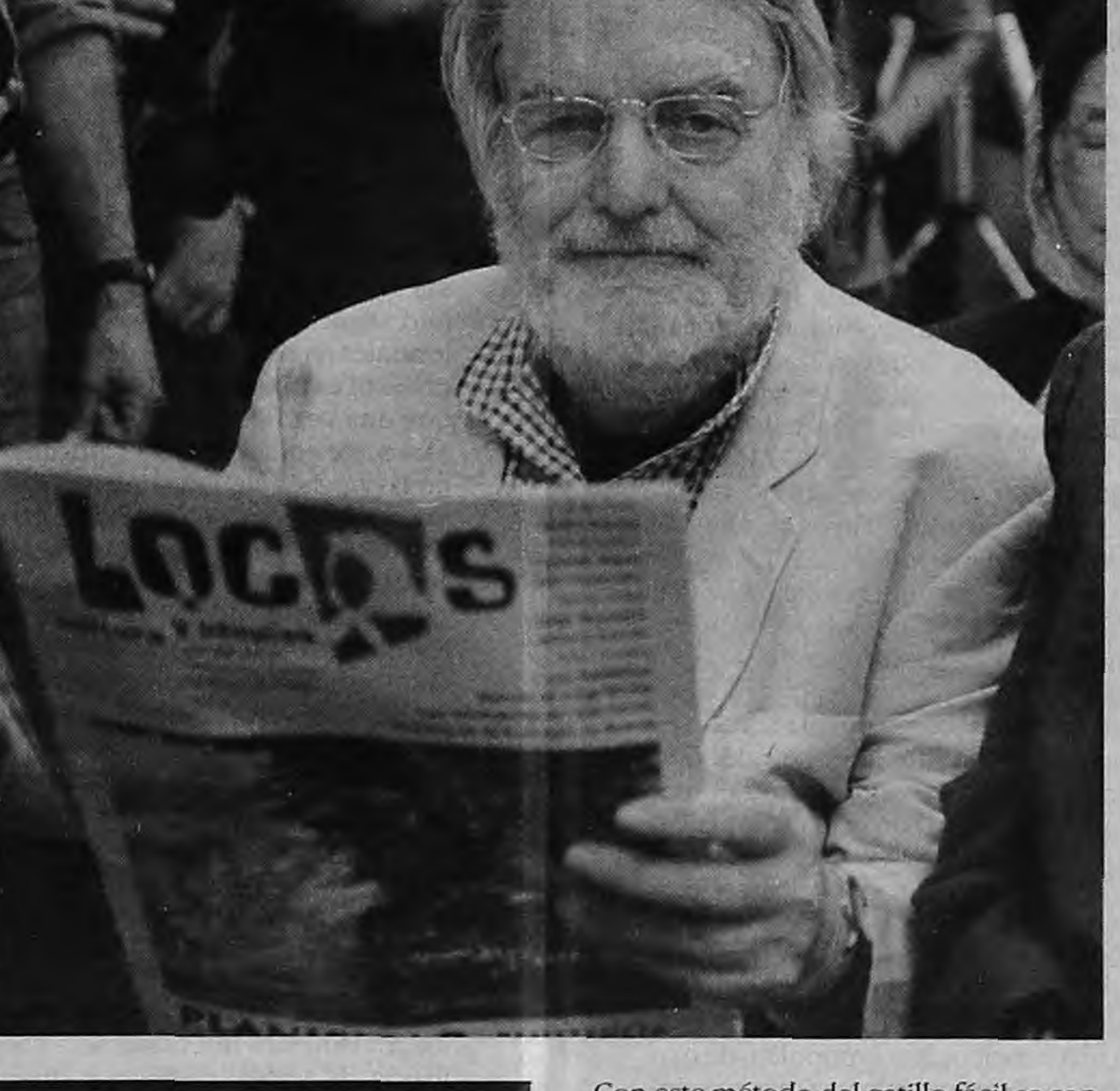
Hace una década, mil millones de seres humanos tenían que conformarse con gastar menos de un dólar por día. Hoy, ese número sigue siendo mil millones. Esto es en sí un progreso porque entretanto viven más seres humanos en el mundo. Pero el progreso es casi vergonzosamente pequeño comparado con la riqueza que, en el mismo tiempo, se ha originado en el mundo. En 1960, el ingreso del 20 por ciento más rico de la población mundial era 30 veces más que el 20 por ciento más pobre. En 1990, ese ingreso era ya 60 veces más, es decir, se había duplicado, y hoy llega ya al 75 por ciento más. Desde que los gobiernos abrieron las esclusas económicas, la desigualdad entre ricos y pobres ha crecido a una cifra hasta ese momento absolutamente desconocida, lo que no significa que en los países industriales viven sólo ganadores. En Australia, Canadá, Gran Bretaña y Estados Unidos vive hoy cada segundo padre solo o madre sola con hijos por debajo del límite de pobreza. Son países del Primer Mundo. La liberación de las fuerzas de mercado hizo subir el nivel de agua y muchos barcos fueron impulsados hacia arriba, pero fueron por sobre todo los barcos grandes, poderosos. En cambio, los otros, los pequeños debieron quedar para siempre en el mar de los Sargazos y el resto se hundió. El burgomaestre de Londres acaba de declarar: "Desde 1981 mueren anualmente entre 15 y 20 millones de seres humanos porque los gobiernos del Tercer Mundo, para pagar sus deudas, debieron reducir sus programas de agua potable y la medicina social". Y suyas son las siguientes palabras: el sistema financiero internacional mata anualmente a más seres humanos que la Segunda Guerra Mundial". En el informe sobre desarrollo que acaba de publicar este 15 de setiembre el Banco Mundial dice textualmente que "las ganancias en la era de las inversiones continentales y de la apertura de mercado son extraordinariamente desiguales". De la globalización se aprovechan principalmente aquellos que menos necesitan. El escritor norteamericano William Greider califica este fenómeno como "El nuevo problema social".

Escuchemos esta frase: "El derecho del ser humano debe ser cuidado en forma sagrada aunque le cueste los más grandes sacrificios al poder dominante".

Esta es una conclusión definitiva del filósofo Immanuel Kant. Todo aquel poder que no lo respete incita y justifica a la rebeldía de los que no son respetados.

Esa debe ser la base de la moral de nuestra cultura. Si el régimen que me domina no se preocupa en darme trabajo mientras parte de la sociedad vive en la opulencia, tengo el derecho de exigirlo por medio de la rebeldía del reclamo en todas sus graduaciones. Primero de acuerdo con las normas legales y, si esas normas legales no son respetadas por el poder, tengo el derecho de levantar mi voz y mi brazo en defensa de la justicia y la verdadera democracia. Lo otro sería aceptar la esclavitud, el deshonor, la indignidad.

El modelo actual de globalización origina sociedades cada vez más violentas. Y conocemos bien las mentalidades fascistas que quieren solucionar el problema de la violencia en la sociedad con el gatillo fácil o el proceso sin apelaciones. El filósofo italiano Furio Colombo hace poco, en el diario italiano *La Repubblica* citaba a la revista semanal del diario *New York Times* donde se describía la solución encontrada para el problema creado por el gran número de delincuentes menores de edad. Decía el periódico norteamericano: "Se encontró finalmente una solución para la superpoblación de las cárceles: los presos serán cada vez de menor edad". En un aviso de la Unión de la Libertad Civil Americana se denunciaba este hecho tristísimo y que dice del retroceso moral y de las medidas ya calificables como fascistas, del poder en los Estados. Dice la denuncia: "Se trata de imponer una costumbre que es una realidad en muchos estados americanos: el encierro de los niños detenidos en las mismas celdas que ocupan los criminales adultos. A veces los crímenes cometidos por los menores de edad son terribles. Enfrentarlos a la convivencia con los criminales adultos intenta ser un gesto de férrea voluntad orientado a asegurar el bienestar de los ciudadanos". Después viene la descripción del trato que propinan los grandes criminales a los adolescentes casi niños que son condenados a convivir en esas celdas.


Jorge Larrosa

> *"El modelo actual de globalización origina sociedades cada vez más violentas. Y conocemos bien las mentalidades fascistas que quieren solucionar el problema de la violencia en la sociedad con el gatillo fácil o el proceso sin apelaciones."*

Es un cuadro horrible pensar que esto se aplique en Estados Unidos. Nos hace acordar a la Edad Media donde al detenido se lo sometía a toda clase de humillaciones, torturas y malos tratos. Es decir que el adolescente ya sabe: piense antes de cometer el delito porque será encerrado en celdas donde será violado por criminales y sometido a toda clase de humillaciones.

Es la misma línea de pensamiento fascista que el método Rico, Patti y de los comisarios de Ruckauf. El gatillo fácil.

Con este método del gatillo fácil se consiguen los votos fáciles de los ciudadanos asustados. Así subió Hitler, prometiendo barrer de inmediato con "socialistas, comunistas, judíos, ladrones, criminales, gitanos y otros parásitos", fue la mejor propaganda. Como el discurso político de Bush en Estados Unidos.

Los intereses hacen siempre caer una y otra vez en la equivocación y la violencia a las sociedades mundiales. Cuando el único camino es la búsqueda de las raíces de la violencia y su eliminación a través de la educación, de la justicia y de la democracia con cada vez más libertad. Es un camino difícil, cada vez más difícil en un mundo dominado por la maraña de los medios que, en vez de pertenecer a la comunidad toda, pertenecen en su mayoría a los intereses privados del poder económico, que le dan forma al contenido de los intereses privados, que no es otra cosa que la expresión del egoísmo en todos sus aspectos, y no del altruismo y de la sabiduría. En las últimas semanas de octubre los diarios del país trajeron diez mil veces la palabra Santibañes, y apenas una docena de veces la palabra desocupación.

Pero no corramos el peligro de considerar a esta sociedad como enemiga nuestra y así aislarnos. Si tomamos esa posición, no vamos a poder ayudar a su cambio ni vamos a poder influir en su transformación. No debemos tampoco reducir la sociedad a un solo concepto. Si nosotros intentáramos sólo ponernos en discusión y contraposición con ese concepto, nos llevaría finalmente a aislarnos y a no formar más parte de esa sociedad. Sólo integrándonos a ella podemos ayudar a modificar esa sociedad. Hay que sentirse parte de ella. Esto no significa ignorar sus contradicciones, minimizar los enfrentamientos políticos o renunciar a la explicación de alternativas. Todo lo contrario. Es la condición para ser aceptado y para que la gente tome conocimiento de nuestras alternativas. Pero no para la próxima generación o la del próximo siglo sino para la sociedad actual. Es decir, aplicar la visión en lo concreto y en nuestra realidad.

Una concepción político-filosófica que no lleva a cabo una política realista a lo largo de las necesidades de la gente no es en sí ninguna visión. Nuestra visión nos debe guiar en la búsqueda del cambio de la vida de la gente en positivo, la búsqueda de un mundo mejor luchando, disputando, conquistando. En ese sentido los que somos opositores a esta sociedad del

> *"El único camino es la búsqueda de las raíces de la violencia y su eliminación a través de la educación, de la justicia y de la democracia con cada vez más libertad. Es un camino difícil, cada vez más difícil en un mundo dominado por la maraña de los medios."*

egoísmo y la corrupción debemos ser modificadores y creadores.

Al no desintegrarnos de la sociedad actual para poder seguir actuando en el seno de ella, no debemos caer en la tentación de la colaboración con esa sociedad aceptando primero compartir para luego ser tragados por sus intereses. No aprobar nunca lo que antes se repudiaba. Casi siempre, la oposición consecuente es el mejor camino para lograr finalmente la dignidad.

El largo, interminable camino a la dignidad nos hará comprender que un solidarismo que sea ineficiente en lo económico, que hiera a la democracia, que no otorga y defiende la Libertad, que no concreta la emancipación y que ocasiona daños en lo ecológico no puede ser jamás un modelo futuro para la humanidad. La globalización actual no cumple con ninguno de esos principios, al contrario, humilla, explota, avergüenza, esclaviza. Por eso, estamos convencidos de que un socialismo o solidarismo realmente emancipatorio en libertad puede ser sin dudas el futuro de la humanidad y por eso han luchado, luchamos y luchan tantos millones durante interminables décadas. En él sí entraría la moral en la cultura y sería nuestro modo de vida. Un sistema de la cultura. No debemos permitir jamás ninguna prohibición a la intelectualidad. La discusión debe ser el modus vivendi, y para eso acompañarnos firmemente con el arte y la cultura. Quien se aleja de ellas, quien cree que es algo subsidiario, que podrá venir, sí, recién cuando logremos una estabilidad económica, se equivoca. El arte y la cultura deben acompañarnos y aconsejarnos en cada paso de nuestras discusión y vida pública. Es una condición sine qua non para llegar a una política del humanismo y de la igualdad de derechos. Hombres y mujeres en la igualdad de posibilidades, acompañando a los más débiles en la mente y en el físico, y luchando contra toda forma de nacionalismos, racismos y antisemitismos.

Tolerancia debe ser el lema que nos guíe. Pero no tolerancia hacia los sistemas de la desigualdad, la explotación y la discriminación. Tolerancia hacia las otras formas de ser, hacia las otras formas de pensar, hacia las otras formas de considerar sus dioses.

Hace muy poco, el escritor Peter Härtling dijo indignado: "La basura de la palabra política se amontona y está formando montañas". Y esa basura de la palabra política forma el entretejido de la realidad. Pero la única forma de hacerla desaparecer es ponerse a barrer las calles, las instituciones, las cámaras de representantes, la Casa Rosada. Usar la escoba, pero también la palabra, para reemplazar a la basura por el propósito; la demagogia y la mentira por el trazado de un camino pensado en solidaridad y en comunidad.

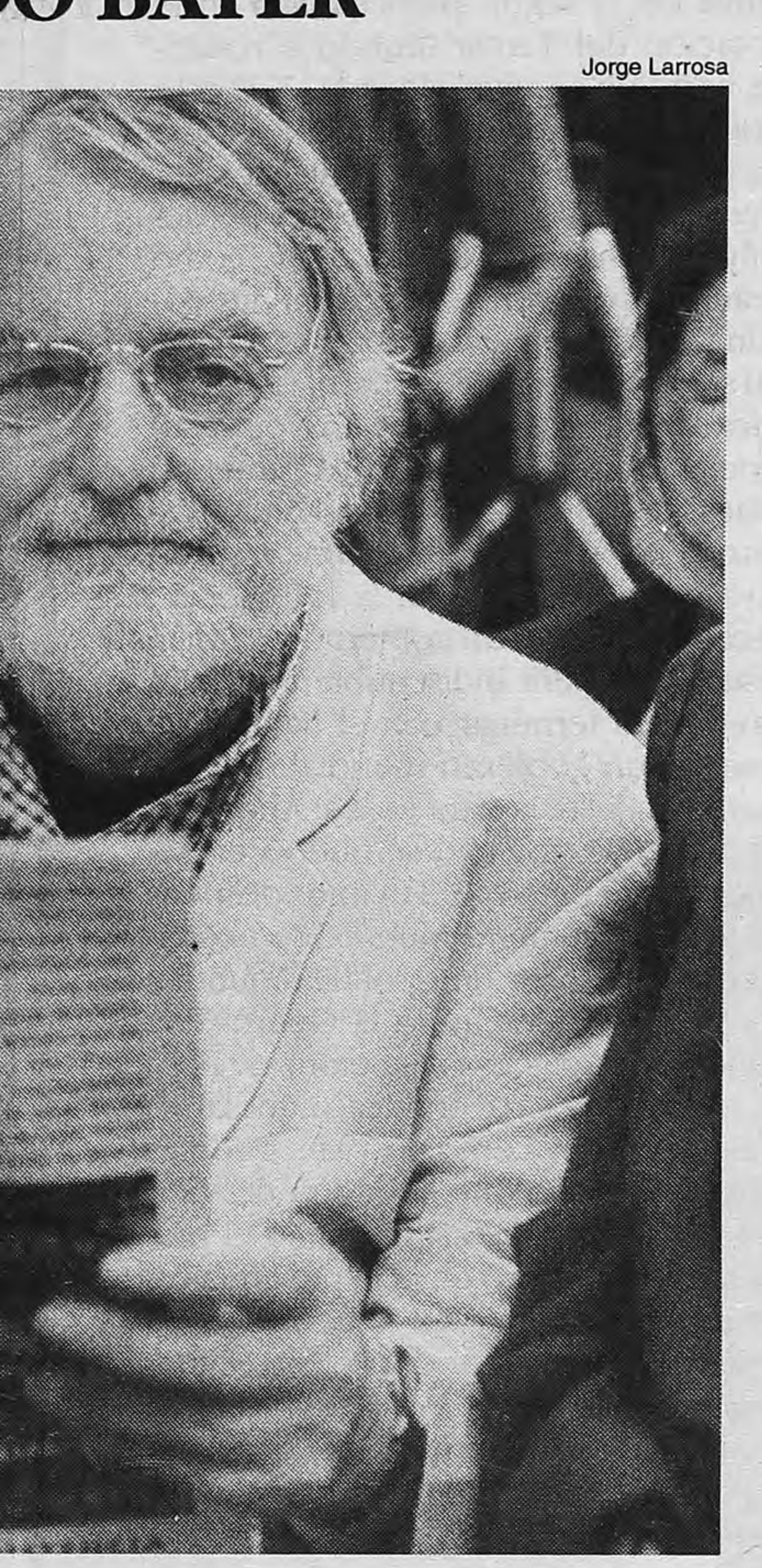
Y no es así, que son sólo sueños. Hay en el mundo diversos movimientos que dicen claramente que la globalización del capitalismo no es ni solución ni tampoco es siquiera aguantable. Y ya ha comenzado la llamada guerra de los pacifistas. Principalmente en las aulas universitarias donde muchos profesores se dedican al debate con sus alumnos acerca de las denominadas leyes económicas y las políticas respectivas que llevaron al mundo a esta situación. Pero también políticos que no quieren cargar con la responsabilidad. Por ejemplo el sociólogo francés y crítico de la globalización, Pierre Bordieu, reunió en una conferencia en la universidad de Berlín a 2000 estudiantes y profesores pese a que era tiempo de vacaciones. Cada segundo americano del Norte entiende a los enemigos de la "antiglobalización". En París, el bioproductor rural José Bové demolió un local en construcción para McDonald's. Cuando comenzó el juicio contra él, concurrieron 50.000 personas para aplaudirlo. Bien, de estas noticias hay centenares en el curso de estos últimos meses. Ha comenzado a soplar una brisa que conlleva la palabra ¡basta!

El sociólogo alemán Wolfgang Uchatius al leer todas estas informaciones sostuvo: no son nada más que recortes periodísticos, pero que van anunciando un cambio y los cambios comienzan por lo más pequeño, siempre. Al principio sólo eran los viejos anarquistas. Entretanto, ya no son sólo los demostrantes de Seattle, de Davos o de Praga contra el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Son habitantes de todas las grandes ciudades que ya han iniciado movimientos contra esa globalización. Que en sí son gente que les va bastante bien, pero que tal vez crean que la desigualdad entre los seres humanos, después de llegar a determinado punto, se convierte en injusticia. O tal vez porque tienen miedo alguna vez de pasar a las filas de los perdedores. O tal vez porque tienen un intrínseco sentido de la justicia. Son aquellos que comienzan a preguntarse por alternativas. Entonces es el momento de los pensadores preocupados desde hace años por los efectos que está teniendo la globalización, como lo es el filósofo y sociólogo Elmar Altvater del Instituto Científico Político de la Universidad de Berlín. Hace un cuarto de siglo ya, el profesor Altvater señaló que en Alemania había terminado la era de la ocupación completa de la población y que el período de la desocupación iba a durar décadas. Lo que se está cumpliendo. Además ya entonces predijo que las crisis económicas se iban a suceder en el mundo entero, también en el Primer Mundo. El profesor Altvater es una especie de luchador igual que los anarquistas que se hicieron presentes en Seattle como ahora en Praga contra las instituciones financieras mundiales. Pero Altvater lucha con conferencias, debates, libros y artículos. Ha dicho que las actuales estructuras se las puede erosionar con los movimientos populares y los movimientos populares necesitan argumentos válidos. Los movimientos estudiantiles, el movimiento del Tercer Mundo, el movimiento ecológico han sido constantemente alimentados y rearmados por Altvater con argumentos, que utilizan como armas para la discusión, con arsenales de verdades que ellos vuelcan en sus manifiestos. Como primer paso hacia un mundo justo Altvater propone un impuesto a la especulación de los negocios de divisas para que las monedas no peguen tan grandes saltos en las cotizaciones. Es decir, empezar con los diques de contención. A veces parecería que la sabiduría no alcanzara. Hoy, para triunfar, esa sabiduría necesitaría de la incongruencia de ser apoyada por los medios de comunicación privados y las grandes campañas publicitarias. Ese ▶

> *"Un solidarismo que sea ineficiente en lo económico, que hiera a la democracia, que no otorga y defiende la Libertad, que no concreta la emancipación y que ocasiona daños en lo ecológico no puede ser jamás un modelo."*

y la cultura"

[...]DO BAYER


Jorge Larrosa

Con este método del gatillo fácil se consiguen los votos fáciles de los ciudadanos asustados. Así subió Hitler, prometiendo barrer de inmediato con "socialistas, comunistas, judíos, ladrones, criminales, gitanos y otros parásitos", fue la mejor propaganda. Como el discurso político de Bush en Estados Unidos.

Los intereses hacen siempre caer una y otra vez en la equivocación y la violencia a las sociedades mundiales. Cuando el único camino es la búsqueda de las raíces de la violencia y su eliminación a través de la educación, de la justicia y de la democracia con cada vez más libertad. Es un camino difícil, cada vez más difícil en un mundo dominado por la maraña de los medios que, en vez de pertenecer a la comunidad toda, pertenecen en su mayoría a los intereses privados del poder económico, que le dan forma al contenido de los intereses privados, que no es otra cosa que la expresión del egoísmo en todos sus aspectos, y no del altruismo y de la sabiduría. En las últimas semanas de octubre los diarios del país trajeron diez mil veces la palabra Santibañes, y apenas una docena de veces la palabra desocupación.

Pero no corramos el peligro de considerar a esta sociedad como enemiga nuestra y así aislarnos. Si tomamos esa posición, no vamos a poder ayudar a su cambio ni vamos a poder influir en su transformación. No debemos tampoco reducir la sociedad a un solo concepto. Si nosotros intentáramos sólo ponernos en discusión y contraposición con ese concepto, nos llevaría finalmente a aislarnos y a no formar más parte de esa sociedad. Sólo integrándonos a ella podemos ayudar a modificar esa sociedad. Hay que sentirse parte de ella. Esto no significa ignorar sus contradicciones, minimizar los enfrentamientos políticos o renunciar a la explicación de alternativas. Todo lo contrario. Es la condición para ser aceptado y para que la gente tome conocimiento de nuestras alternativas. Pero no para la próxima generación o la del próximo siglo sino para la sociedad actual. Es decir, aplicar la visión en lo concreto y en nuestra realidad.

Una concepción político-filosófica que no lleva a cabo una política realista a lo largo de las necesidades de la gente no es en sí ninguna visión. Nuestra visión nos debe guiar en la búsqueda del cambio de la vida de la gente en positivo, la búsqueda de un mundo mejor luchando, disputando, conquistando. En ese sentido los que somos opositores a esta sociedad del egoísmo y la corrupción debemos ser modificadores y creadores.

"El único camino es la búsqueda de las raíces de la violencia y su eliminación a través de la educación, de la justicia y de la democracia con cada vez más libertad. Es un camino difícil, cada vez más difícil en un mundo dominado por la maraña de los medios."

Al no desintegrarnos de la sociedad actual para poder seguir actuando en el seno de ella, no debemos caer en la tentación de la colaboración con esa sociedad aceptando primero compartir para luego ser tragados por sus intereses. No aprobar nunca lo que antes se repudiaba. Casi siempre, la oposición consecuente es el mejor camino para lograr finalmente la dignidad.

El largo, interminable camino a la dignidad nos hará comprender que un solidarismo que sea ineficiente en lo económico, que hiera a la democracia, que no otorga y defiende la Libertad, que no concreta la emancipación y que ocasiona daños en lo ecológico no puede ser jamás un modelo futuro para la humanidad. La globalización actual no cumple con ninguno de esos principios, al contrario, humilla, explota, avergüenza, esclaviza. Por eso, estamos convencidos de que un socialismo o solidarismo realmente emancipatorio en libertad puede ser sin dudas el futuro de la humanidad y por eso han luchado, luchamos y luchan tantos millones durante interminables décadas. En él sí entraría la moral en la cultura y sería nuestro modo de vida. Un sistema de la cultura. No debemos permitir jamás ninguna prohibición a la intelectualidad. La discusión debe ser el modus vivendi, y para eso acompañarnos firmemente con el arte y la cultura. Quien se aleja de ellas, quien cree que es algo subsidiario, que podrá venir, sí, recién cuando logremos una estabilidad económica, se equivoca. El arte y la cultura deben acompañarnos y aconsejarnos en cada paso de nuestras discusión y vida pública. Es una condición sine qua non para llegar a una política del humanismo y de la igualdad de derechos. Hombres y mujeres en la igualdad de posibilidades, acompañando a los más débiles en la mente y en el físico, y luchando contra toda forma de nacionalismos, racismos y antisemitismos.

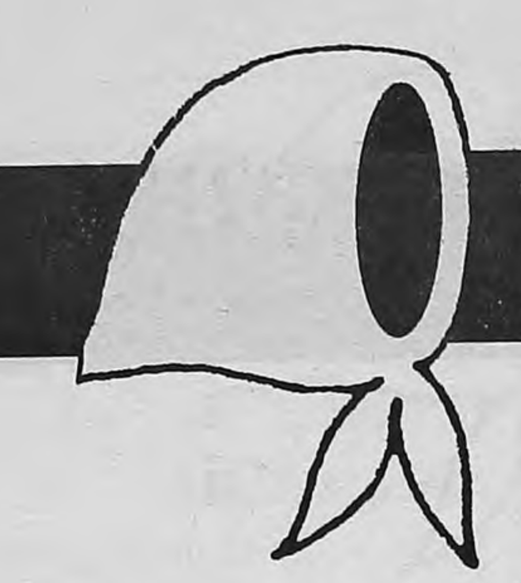
Tolerancia debe ser el lema que nos guíe. Pero no tolerancia hacia los sistemas de la desigualdad, la explotación y la discriminación. Tolerancia hacia las otras formas de ser, hacia las otras formas de pensar, hacia las otras formas de considerar sus dioses.

Hace muy poco, el escritor Peter Härtling dijo indignado: "La basura de la palabra política se amontona y está formando montañas". Y esa basura de la palabra política forma el entretejido de la realidad. Pero la única forma de hacerla desaparecer es ponerse a barrer las calles, las instituciones, las cámaras de representantes, la Casa Rosada. Usar la escoba, pero también la palabra, para reemplazar a la basura por el propósito; la demagogia y la mentira por el trazado de un camino pensado en solidaridad y en comunidad.

Y no es así, que son sólo sueños. Hay en el mundo diversos movimientos que dicen claramente que la globalización del capitalismo no es ni solución ni tampoco es siquiera aguantable. Y ya ha comenzado la llamada guerra de los pacifistas. Principalmente en las aulas universitarias donde muchos profesores se dedican al debate con sus alumnos acerca de las denominadas leyes económicas y las políticas respectivas que llevaron al mundo a esta situación. Pero también políticos que no quieren cargar con la responsabilidad. Por ejemplo el sociólogo francés y crítico de la globalización, Pierre Bordieu, reunió en una conferencia en la universidad de Berlín a 2000 estudiantes y profesores pese a que era tiempo de vacaciones. Cada segundo americano del Norte entiende a los enemigos de la "antiglobalización". En París, el bioproductor rural José Bové demolió un local en construcción para McDonald's. Cuando comenzó el juicio contra él, concurrieron 50.000 personas para aplaudirlo. Bien, de estas noticias hay centenares en el curso de estos últimos meses. Ha comenzado a soplar una brisa que conlleva la palabra ¡basta!

El sociólogo alemán Wolfgang Uchatius al leer todas estas informaciones sostuvo: no son nada más que recortes periodísticos, pero que van anunciando un cambio y los cambios comienzan por lo más pequeño, siempre. Al principio sólo eran los viejos anarquistas. Entretanto, ya no son sólo los demostrantes de Seattle, de Davos o de Praga contra el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Son habitantes de todas las grandes ciudades que ya han iniciado movimientos contra esa globalización. Que en sí son gente que les va bastante bien, pero que tal vez crean que la desigualdad entre los seres humanos, después de llegar a determinado punto, se convierte en injusticia. O tal vez porque tienen miedo alguna vez de pasar a las filas de los perdedores. O tal vez porque tienen un intrínseco sentido de la justicia. Son aquellos que comienzan a preguntarse por alternativas. Entonces es el momento de los pensadores preocupados desde hace años por los efectos que está teniendo la globalización, como lo es el filósofo y sociólogo Elmar Altvater del Instituto Científico Político de la Universidad de Berlín. Hace un cuarto de siglo ya, el profesor Altvater señaló que en Alemania había terminado la era de la ocupación completa de la población y que el período de la desocupación iba a durar décadas. Lo que se está cumpliendo. Además ya entonces predijo que las crisis económicas se iban a suceder en el mundo entero, también en el Primer Mundo. El profesor Altvater es una especie de luchador igual que los anarquistas que se hicieron presentes en Seattle como ahora en Praga contra las instituciones financieras mundiales. Pero Altvater lucha con conferencias, debates, libros y artículos. Ha dicho que las actuales estructuras se las puede erosionar con los movimientos populares y los movimientos populares necesitan argumentos válidos. Los movimientos estudiantiles, el movimiento del Tercer Mundo, el movimiento ecológico han sido constantemente alimentados y rearmados por Altvater con argumentos, que utilizan como armas para la discusión, con arsenales de verdades que ellos vuelcan en sus manifiestos. Como primer paso hacia un mundo justo Altvater propone un impuesto a la especulación de los negocios de divisas para que las monedas no peguen tan grandes saltos en las cotizaciones. Es decir, empezar con los diques de contención. A veces parecería que la sabiduría no alcanzara. Hoy, para triunfar, esa sabiduría necesitaría de la incongruencia de ser apoyada por los medios de comunicación privados y las grandes campañas publicitarias. Ese ▶

"Un solidarismo que sea ineficiente en lo económico, que hiera a la democracia, que no otorga y defiende la Libertad, que no concreta la emancipación y que ocasiona daños en lo ecológico no puede ser jamás un modelo."



ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

sabio que fue Herbert Marcuse escribió en 1964, en *El hombre unidimensional*, esta frase que parecería encerrar toda la verdad, la verdad que podría conducirnos a la resignación. Dijo: "Estamos ante uno de los aspectos más intranquilizadores de la civilización industrial adelantada: el carácter racional de su irracionalidad". Esta frase evidencia la locura donde se ha instalado la racional irracionalidad del capitalismo superdesarrollado.

El oficio de los políticos del Tercer Mundo es hoy, viajar; se lo pasan viajando para pedir. Un buen diálogo, una sonrisa, una promesa ante los empresarios con cara de bragueta, puede dar buenos resultados. Cualquier impuesto, cualquier traba a la libre importación significaría la premisa de que "ojo, el capital se va". Cualquier demostración en contra del sistema es respondida desde las altas esferas con gases lacrimógenos y palos, porque si no, el capital se va, el capital emigra. Cada manifestación que es disuelta es una medida de tranquilización del mercado. Así avanza paso a paso el poder de las multinacionales. No hablemos del cambio de gusto y costumbres culinarias a través de McDonald's ni de la empresa Mod's Hair que garantiza ya el mismo peinado a mujeres de quince países. Ya pronto las mujeres de Humahuaca serán peinadas como las damas de Washington.

No, todo eso es anecdótico o no, pero la verdadera preocupación, lo dice el escritor y sociólogo Jeremy Rifkin cuando califica de "detalle aterrador" el hecho de que la administración de Estados Unidos está soportando una fuertísima presión para que el espacio electrónico no sea otorgado más en licencia sino como propiedad. Así la opinión pública, el recipiente de la democracia, pasaría a ser una propiedad electrónica de algunos magnates del capital. Para Rifkin el mundo está amenazado por un sistema de castas: cuatro quintas partes de la humanidad serán dependientes y pobres con una capa superior, confortable y coimera que es absolutamente necesaria para el mantenimiento de la megamáquina del sistema, además de una poca cantidad de corporaciones, de fondos de rentas y un puñado de superricos a quienes pertenece el mundo real; los Gates, los Turner, los Berlusconi, que tienen desde el verdadero poder a la naturaleza viva en miles de kilómetros cuadrados de propiedades, las pantallas de la vida cultural del mundo y los derechos digitales al saber productivo de toda la historia, inclusive los genes. Los demás serán sentados frente a la pantalla de la industria del entretenimiento, nicely packeged, naturalmente.

La otra cara de este mundo donde el tiempo y el espacio ha pasado a tener título de propiedad está en el informe de la FAO: 790 millones de seres humanos sufren hambre. Mientras en los países del Primer Mundo han aparecido más de diez mil títulos de libros nuevos sobre el tema arte culinario. Desde el punto de vista del cálculo, los alimentos que produce la tierra deberían alcanzar para alimentar a todos los seres vivientes, pero el problema es la injusta repartición. Por ejemplo, los daneses consumen 3780 kilocalorías por día mientras que los somalíes, sólo 1580. Los rostros llenos de edemas de los niños africanos esperan. Los congresos internacionales repiten todos los años lo mismo; las iglesias hacen oficios divinos pidiendo misericordia a Dios año tras año, con procesiones y rogatorias.

Tal vez el intelectual que puede calificarse como el peor enemigo de la globalización económica actual del mundo es el científico norteamericano Noam Chomsky quien acaba de expresar una sentencia definitiva. Dijo: "Sin control del capital, la democracia no es posible". Y pone como ejemplo que hasta los propios ex directivos de los centros de poder, Banco Mundial y Fondo Monetario Internacional se han dado cuenta del papel más que desgraciado que han jugado. Y Chomsky cita al ex jefe de economistas del Banco Mundial, Joseph Stiglitz, quien renunció a su cargo y escribió el libro "¿Quién custodia a los custodios?", donde describe no sólo la fatal política económica que rige al mundo sino también sus consecuencias mortales. El describe cómo son utilizados –mediante la presión occidental– modelos económicos abstractos a otras sociedades con una brutal consecuencia, la típica historia "Primer Mundo-Tercer Mundo", agrega Chomsky. Y señala: "Los Estados Unidos son en realidad un desastre. Tomemos el crecimiento económico. Sólo tiene sentido si lo calculamos por cabeza y entonces veremos que, por el crecimiento poblacional, apenas si ha crecido. Además no acompañan a ese crecimiento los jornales y los sueldos."

"En cambio, los horarios de trabajo son cada vez más prolongados, son hoy más prolongados que en cualquier otra nación industrial. Además la riqueza es repartida en forma más desigual que antes." Y agrega: "La llamada globalización es un modelo para los privilegiados y los ricos, quienes, por supuesto, lo aprueban. Ayer, por ejemplo, estuve con estudiantes de Ghana que vinieron a visitarme. Ellos han entendido por qué vienen a las universidades norteamericanas. Vienen a compenetrarse de las ideas americanas y luego regresar a su país y dirigirlo de acuerdo con esas ideas. Así pasan directamente a pertenecer a las elites, justo cuando en su país la miseria aumenta. De la misma forma procedió Gran Bretaña con la elite india durante largas décadas. Y en Alemania: para las elites bien educadas, el modelo americano es bien alabado". Noam Chomsky tiene fe en los que actúan, en las corrientes que se van formando en contra del sistema para cambiarlo. "Aquí hay que modificar muchas cosas –termina diciendo–, pero una cosa es bien segura: en tanto los países no puedan controlar las corrientes de capital, la democracia tendrá sólo chances limitadas y el espacio donde se pueda mover la política económica permanecerá siendo muy limitado". Y tiene esperanza en los movimientos que se van formando: "En la historia siempre, en forma permanente, se ha ido cambiando. Sólo los ricos sostienen siempre que ya se ha alcanzado el fin de la historia".

El filósofo norteamericano Richard Rorty, en cambio, es escéptico. Y hace hincapié en la desaparición del movimiento internacionalista proletario que poseían a principios de siglo los obreros, de tendencia anarquista y socialista.

"Actualmente –dice Rorty– a los sindicalistas estadounidenses sólo les interesa conservar sus lugares de trabajo. La clase trabajadora de EE.UU. corre ahora el peligro de perder todas sus plazas de trabajo en el espacio que va del manager a la limpiadora de pisos. Esa es la amenaza del futuro, son reemplazados por la computadora y la automatización. Esa es la amenaza contra la cual los sindicatos buscan una respuesta. En cambio las organizaciones de derechos humanos no tienen como punto principal de lucha el proteger los lugares de trabajo en EE.UU. Ellas luchan por los sueldos y las condiciones sociales en las Filipinas, en Tailandia, en Honduras, y protestan por las condiciones de trabajo de la cadena de fábricas Nike en Asia del sur. Por eso, es muy difícil pensar hoy en una izquierda unida.

Luego, el filósofo norteamericano analiza las proposiciones del sociólogo francés Pierre Bordieu, quien insiste en darles un papel preponderante a los sindicatos en la lucha por un mundo mejor. Bordieu sostiene que si gran parte de las fuerzas económicas dominantes actúan en un nivel global, transnacional, entonces también las luchas sindicales deben ser llevadas a cabo en forma internacional. Y a este respecto dice Richard Rorty: "Simpatizo con ese pensamiento. Sería maravilloso si existiera una organización internacional de los sindicatos, pero no puedo imaginarme cómo esto puede llevarse a la realidad. No sé qué se les puede decir a los miembros de un sindicato en Alemania o América para convencerlos de que ellos deben interesarse por Indonesia o por Bolivia. Cuando a los obreros ingleses, alemanes o italianos se les dice que hay que hacer algo para elevar el nivel de vida en las aldeas de Ecuador, nadie nos oiría. En sí el problema es demasiado grande. Más todavía, por ejemplo, si en Indonesia existiera un activo movimiento obrero, sus dirigentes –como ha pasado en todos lados– estarían de acuerdo con el poder monetario de su país de que el comercio debe ser liberalizado para que así ingrese todo el capital posible a Indonesia. Por eso, simplemente no me puedo imaginar que un sindicato indonesio se pondría de acuerdo con un sindicato norteamericano o alemán para lograr una política internacional. Pongamos el ejemplo: Portugal y Alemania se ponen de acuerdo para igualar todas las condiciones de trabajo y los jornales, lo logran y en ese momento los consorcios internacionales envían todo el trabajo a Africa del Norte, ¿qué se hace, entonces? En esto soy pesimista con respecto de lo que puede pasar con países como Estados Unidos o los europeos. Están ellos ante la alternativa de, o seguir participando en la explotación del Tercer Mundo o renunciar a parte de su nivel de vida. Y si esto ocurriera se llegaría a la realidad de que los ricos que ya son ricos seguirán siendo ricos y que los que son pobres perderán algo de su nivel de vida. Yo, como norteamericano, no sé simplemente cómo una política internacional de justicia social se puede poner en armonía con una política interior norteamericana de justicia social. En 1950, cuando se fundaron las Naciones Unidas, los intelectuales estadounidenses de mi generación creyeron que ya en el año dos mil la humanidad sería capaz de tener un gobierno mundial. En ese tiempo era indiscutible que para la paz y para terminar con el hambre se necesitaba un gobierno mundial que gobernara con justicia para todos. Ahora, ya en el año 2000, me parece que ya es demasiado tarde para eso. Tuvimos después de la Segunda Guerra Mundial la posibilidad de desarrollar una política mundial benéfica para todos, pero la Guerra Fría terminó con todas esas esperanzas. Pero la necesidad de una política mundial es tan necesaria hoy como en 1945. Todo es posible. Recuerdo que la guerra de Vietnam terminó porque así lo exigió el movimiento espontáneo de la gente en la calle. Y ese movimiento en la calle derrotó a la Casa Blanca y el todopoderoso Pentágono.

Sandra Cartasso

El filósofo alemán Jürgen Habermas, por su parte, ha exigido una política mundial interna transnacional. Pero se necesita para ello una conciencia cosmopolita, de manera que los Estados cada vez más se sientan como miembros de una comunidad que, sin alternativas, esté obligada a respetarse mutuamente sus intereses.

Los intelectuales de todo el mundo se mueven, no todos, pero sí los conscientes, los que quieren realizar lo que predican en cátedras y en comunicaciones. Esa tiene que ser materia también de nuestro estudio: qué hacen los intelectuales progresistas, qué piensan, qué proponen. Y seguirlos, apoyarlos en sus ideas fundamentales aunque estemos en desacuerdo con otros detalles. Apoyarlos debatiendo, discutiendo, marchando hacia adelante, formando el camino.

Por supuesto, como en todo país, nuestra Argentina –principalmente entre sus intelectuales– está llena de pusilánimes, de mojigatos y de exquisitos superficiales, o aquellos para quienes lo principal es la política menuda, ya sea en los claustros como en los mismos movimientos, o los academicistas puros que tratan de separar la vida de lo que ellos llaman ciencia.

No hay otro camino que la responsabilidad. Sentirse responsable debe ser nuestro máximo orgullo y nuestro deber. Estudiar profundamente, dialogar, actuar. Rehacerse ante las equivocaciones y seguir el camino. Defender nuestra cultura significa principalmente limpiarla, fundarla en la moral. Confiar en que la ética tome en sus manos la solución de nuestros conflictos. Democratizar la sociedad. Buscar nuevos métodos para que la democracia esté verdaderamente representada. No conformarse con el sistema de partidos políticos sino buscar nuevas formas a través de la participación y de la constante renovación. Ese es uno de los temas que más debemos debatir e impulsar, democracia desde abajo y no desde arriba. Nuestra palabra guía debe ser no lealtad, sino rebeldía. Rebeldía hasta que se alcance la única lealtad digna: a la plena libertad, la plena justicia, la paz y la dignidad para todos.